

ENZO BIANCHI

**JESÚS, «DIOS CON  
NOSOTROS» QUE CUMPLE  
LA ESCRITURA**

**COMENTARIO A LOS EVANGELIOS  
DOMINICALES DEL CICLO A**

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2010

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín.  
Tratamiento digital inspirado en detalles del Beato de Liébana

Tradujo Luis Rubio Morán sobre el original italiano  
*Gesù, Dio-con-noi, compimento delle Scritture. Il vangelo festivo.*  
*Domeniche, Solennità del Signore, Proprio dei santi. Anno A*

© Edizioni San Paolo s.r.l., Cinisello Balsamo (Milano) 2010

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2010

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1750-5

Depósito legal: S. 1197-2010

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

# CONTENIDO

*Introducción, 9*

TIEMPO DE ADVIENTO, 11

NAVIDAD  
Y TIEMPO DE NAVIDAD, 25

TIEMPO DE CUARESMA, 45

PASCUA DE RESURRECCIÓN  
Y TIEMPO PASCUAL, 65

TIEMPO ORDINARIO, 91

SOLEMNIDADES DEL SEÑOR  
Y FIESTAS DE LOS SANTOS, 195

*Índice general, 235*

## INTRODUCCIÓN

«La Iglesia escucha con devoción la Palabra de Dios y la proclama con confianza y firmeza» (*Dei Verbum* 1). Con estas palabras se abrió, hace ya más de cuarenta años, la Constitución conciliar sobre la Revelación. En 1967, el teólogo Joseph Ratzinger, comentando este texto, escribía: «Es como si toda la vida de la Iglesia se sintetizase en esta escucha y sólo a partir de ella fuera legítima cualquier palabra suya». Sólo una *Ecclesia audiens* puede ser *Ecclesia loquens*, porque la palabra que la Iglesia anuncia, también y sobre todo en la predicación litúrgica, no es suya, sino de Dios.

Dios habla: esta es la convicción fundamental presente en toda la Sagrada Escritura, es el «algo grande» (Dt 4, 32) sin el cual no podríamos tener ninguna relación personal con Él. Dios, por una decisión personal absoluta, por su libre y gratuita iniciativa, ha alzado el velo que lo cubría, ha decidido salir de sí y autocomunicarse, se ha revelado a los hombres para entrar en relación con ellos y ofrecerles todos sus dones maravillosos, como expresa con esa hermosa imagen san Ireneo.

Y la historia de esta manifestación de Dios a la humanidad tiene su culmen en Jesucristo, Palabra definitiva de Dios, palabra que comunica plenamente la decisión de Dios de amarnos a nosotros los hombres. Lo expresa perfectamente el texto con que comienza la Carta a los hebreos, que resume, en un estilo contemplativo y admirado, toda la revelación bíblica: «Después de hablar Dios muchas veces y de diversos modos a nuestros padres

por medio de los profetas, en estos días últimos nos ha hablado por medio del Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo también el universo. El Hijo, que, siendo resplandor de su gloria e imagen perfecta de su ser, sostiene todas las cosas con su palabra poderosa» (Heb 1, 1-3).

Afirmar que Jesús es la Palabra de Dios significa decir que Él es su rostro, la narración, la revelación definitiva y última. Sí, todo lo que pudiéramos saber y decir sobre Dios se halla en Jesucristo: «A Dios nadie lo vio jamás; el Hijo único... nos lo ha dado a conocer» (Jn 1, 18). Ahora la Palabra, el *Logos* que estaba junto a Dios y era Dios (cf. Jn 1, 1), se ha hecho carne (cf. Jn 1, 14) naciendo de mujer gracias a la acción del Espíritu Santo; y toda la vida de Cristo —su preexistencia en los cielos, su «pasar entre nosotros haciendo el bien» (cf. Hch 10, 38), su muerte, resurrección, ascensión y parusía— es la Palabra de Dios, es lo que Dios quiere comunicar a la humanidad.

Esto es lo que nos atestigua el evangelio según san Mateo, que leemos en el año A, un evangelio especialmente preocupado por mostrar cómo todas las Escrituras se cumplen en Jesucristo. Lo hace insistiendo en el cumplimiento de algunos pasajes bíblicos en sucesos concretos de la vida de Jesús (cf. Mt 1, 22-23; 2, 5-6.15.18, etc.); lo hace organizando su exposición en torno a los cinco grandes discursos pronunciados por Jesús, cual «nuevo Moisés»; lo hace tendiendo un arco entre el comienzo y el final de su obra, con el que muestra cómo Jesús es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros (cf. Mt 1, 23); aquel que está siempre en medio de nosotros cuando estamos reunidos en su nombre (cf. Mt 18, 20); aquel que después de su resurrección «está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo» (cf. Mt 28, 20). Esta presencia del Señor Jesús es nuestra fuerza, una fuerza que podemos alcanzar siempre de nuevo en la liturgia eucarística dominical.

# TIEMPO DE ADVIENTO

# I DOMINGO DE ADVIENTO

## LA ESPERA DEL SEÑOR

Isaías 2, 1-5

Romanos 13, 11-14a

Mateo 24, 37-44

Comienza hoy el tiempo de Adviento, «sacramento» de la espera que constituirá el cumplimiento de la historia: la venida en gloria del Señor Jesús, del Hijo del hombre, el Día en que será instaurado aquel reino de justicia y paz que Jesús anunció y preparó con su vida, muerte y resurrección. En efecto, «Jesucristo vendrá en gloria para juzgar a vivos y muertos». Si nuestra fe no contuviera esta promesa y no nos abriera a esta esperanza, los cristianos seríamos dignos de ser compadecidos como los más miserables de todos los hombres (cf. 1 Cor 15, 19).

En la página del evangelio según Mateo que meditamos, Jesús pone en guardia a sus discípulos sobre cómo prepararse para aquel día. Él parte de una afirmación crucial: «En cuanto al día y la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre» (Mt 24, 36). Esta afirmación no es para desanimarnos. Al contrario, está dicha para infundirnos la certeza de que el Padre, en su amor por la humanidad y por lo creado, prepara aquella hora y la revelará en el momento oportuno. Animados por esta confianza, más fuerte que los sucesos que parecen contradecirla, escuchamos las palabras del Señor.

Él establece un paralelismo entre el diluvio, que trastornó la rutina cotidiana de los contemporáneos de Noé (cf. Gn 6, 5-9.17), y la venida del Hijo del hombre: «En los días que precedieron al diluvio la gente comía, bebía y se casaba, hasta el día en que entró Noé en el arca; y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrastró a todos. Pues así será también la venida del Hijo del hombre». «No se dieron cuenta». La generación de Noé no es en absoluto más malvada que cualquier otra; su culpa consiste en la falta de conciencia, de discernimiento y de espera. A ejemplo de Noé, que aun formando parte de aquella generación fue capaz de mostrar una responsabilidad activa, somos llamados a discernir el tiempo en el que vivimos, a adherirnos inteligentemente a nuestra realidad personal y a la historia que nos ha tocado vivir. Tenemos que descubrir en nuestro hoy las señales que anticipan el Día del Señor y hemos de hacerlo sin dilación, porque entonces ya no habrá tiempo: «Entonces, de dos que haya en el campo, uno será tomado y otro dejado».

Sólo quien vive esta «conciencia del tiempo» (cf. Rm 13, 11) puede acoger la advertencia de Jesús: «Así que velad, porque no sabéis qué día llegará vuestro Señor». El cristiano debería ser por definición una persona vigilante, atenta, en tensión hacia la meta de su camino: el encuentro con el Señor, el que Viene. Y la vigilancia requiere una gran capacidad de oración y de lucha interior para no vivir atolondrados, víctimas de falsas preocupaciones, presos del aturdimiento (cf. Lc 21, 34-36). En otras palabras, el creyente es llamado a conocer el hoy a partir de la venida el Señor, considerada como algo desconocido, y descrita por Jesús con palabras que se grabaron en la mente de sus discípulos: «Si el amo de casa supiera a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, estaría en vela y no le dejaría asaltar la casa» (cf. 1 Tes 5, 2-4; 2 Pe 3, 10; Ap 3, 3). De ellas se desprende la última y sintética advertencia de Jesús: «Estad

preparados, porque a la hora en que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre».

Ser conscientes, vigilar, estar a la espera: todo ello es una cuestión de amor a Jesucristo, de adhesión a Él, el Señor único de nuestras vidas. Nosotros, cristianos, deberíamos ser aquellos que «aman la venida del Señor Jesucristo» (2 Tm 4, 8) porque «lo aman sin haberlo visto» (1 Pe 1, 9) y, por esa misma razón, desean que venga cuanto antes. En este sentido es más actual que nunca la pregunta que planteaba Pierre Teilhard de Chardin: «Cristianos, encargados de mantener viva la llama ardiente del deseo, ¿qué hemos hecho de la espera del Señor?».